

El manual de detección

Jedediah Berry

Traducción de Concha Cardeñoso Sáenz de Miera

Barcelona 2010 **Duomo ediciones**

Título original: *The Manual of Detection*

Copyright © Jedediah Berry, 2009

All rights reserved

© por la traducción, Concha Cardeñoso Sáenz de Miera, 2010

Primera edición en esta colección, marzo 2010

© Duomo ediciones, S.L.

Calle La Torre, 28 bajos 1.ª Barcelona 08006 (España)

www.duomoediciones.com

Grupo editorial Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

DEPÓSITO LEGAL: B.47832-2009

ISBN: 978-84-92723-32-4

Diseño de interiores:

Agustí Estruga

Corrección del texto:

Raul Alonso

Fotocomposición:

Grafime. Mallorca, 1. Barcelona 08014 (España)

www.grafime.com

Impresión:

Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Printed in Italy – Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Índice

1. Del seguimiento	7
2. De las pruebas	19
3. De los cadáveres	35
4. De los indicios	47
5. De la memoria	61
6. De las pistas	73
7. De los sospechosos	93
8. De la vigilancia	113
9. De la documentación	127
10. De la infiltración	141
11. De los faroles	161
12. Del interrogatorio	185
13. De la criptografía	209
14. De los vengadores	221
15. De las trampas	239
16. De la aprehensión	257
17. De las soluciones	267
18. De la detección onírica	285
<i>Agradecimientos</i>	309
NOTA BENE	i(311)

1

Del seguimiento

El detective experto no llamará la atención durante el desarrollo de su actividad profesional, mas no por falta de personalidad, sino porque, como la sombra del sospechoso, siempre debe parecer que está en el lugar adecuado.

Por no confundir los detalles con los indicios, nótese que Mr. Charles Unwin, vecino de esta ciudad desde siempre, iba a trabajar en bicicleta todos los días, incluso cuando llovía. Se le había ocurrido una solución para circular en ella con el paraguas abierto: sujetarlo al manillar por el mango. Ese recurso restaba maniobrabilidad a la bicicleta y amplitud de visión al ciclista, pero, si quería encajar en su horario diario una visita extraoficial a la Terminal Central por motivos extraoficiales, debía aceptar el riesgo.

Unwin, de natural discreto, se volvía aparatosamente visible cuando iba de ciclista con paraguas: la multitud de peatones se apartaba al oír el timbrecito, las madres abrazaban protectoramente a sus hijos y los niños se quedaban boquiabiertos viendo pasar tanta magnificencia. En los cruces, procuraba no mirar de frente a los conductores de vehículos motorizados, para no dar la impresión de que podía rendirse ante ellos. Hoy iba con retraso. Se le habían quemado las gachas, se había equivocado de corbata y casi se le olvida el reloj de pulsera. Todo por causa de un sueño

de última hora, poco antes del despertar, un sueño que todavía lo inquietaba y lo distraía. Empezaban a mojarle los calcetines, conque apretó el pedaleo.

Desmontó en la acera, frente a la entrada de poniente de la terminal, y encadenó la bicicleta a una farola. Las puertas giratorias daban vueltas sin cesar, expulsando a la lluvia en rápida sucesión a los viajeros, quienes abrían inmediatamente el paraguas. Unwin cerró el suyo, entró y, nada más poner el pie en el vestíbulo, miró la hora.

No hacía falta dar cuerda a su reloj de pulsera, regalo de la Agencia por sus veinte años de fieles servicios, y lo llevaba en hora (al segundo) con el de cuatro esferas que coronaba el mostrador de información del centro del vestíbulo. Eran las siete y veintitrés de la mañana. Es decir, faltaban exactamente tres minutos para que apareciese por la puerta sur de la terminal la mujer del abrigo escocés, con el pelo perfectamente sujeto con horquillas y una gorra gris.

Se puso a la cola del carrito del desayuno; el primero de la fila pidió café con dos de azúcar, sin nata.

—Hoy va lento, ¿verdad? —dijo Unwin, pero el hombre que tenía delante no respondió; tal vez sospechara que era un maniobra para colarse.

Fuera como fuese, más le valía evitar la conversación. Si alguien le preguntara por qué había empezado a ir a la terminal todas las mañanas, cuando su despacho se encontraba a sólo siete manzanas de su apartamento, diría que por el café, aunque sería mentir y esperaba no tener que hacerlo nunca.

El chico con cara de cansado a quien habían confiado las humeantes máquinas del carrito del desayuno (Neville, según su tarjeta de identificación) revolvió el azúcar cucharada a cucharada. El hombre que esperaba su café con dos de azúcar, sin nata, echó un vistazo a su reloj, y Unwin, sin mirar, supo que dentro de menos de un minuto llegaría aquí, es decir, allí, al lado sur del vestíbulo, la mujer del abrigo escocés. Ni siquiera quería el café, pero ¿y si a alguien se le ocurría preguntar por qué iba a la terminal todas

las mañanas a la misma hora y él contestaba que por el café, pero no tuviese una taza en la mano? Hay una cosa peor que mentir: decir mentiras increíbles.

Cuando le tocó el turno, Neville le preguntó si quería nata o azúcar.

–Sólo café. Y rápido, por favor.

Neville sirvió el café con mucho cuidado y, con mayor cuidado aún, puso la tapa a la taza y la envolvió en una servilleta de papel. Unwin la cogió y se marchó sin dar tiempo al chico a devolverle el cambio.

Hordas matutinas de trabajadores sonámbulos deambulaban entre el murmullo de los anuncios de la estación y el recrujir de periódicos. Unwin miró la hora en su reloj, que nunca se paraba y al que no había que darle cuerda, se derramó café ardiente en los dedos y a continuación se desencadenó una serie de desastres: se golpeó las rodillas con el maletín, el paraguas empezó a resbalársele de debajo del brazo, las suelas de los zapatos rechinaban al andar por el suelo de mármol..., pero nada podía detenerlo. Nunca la había hecho esperar. Ahí estaba el majestuoso arco de la puerta catorce; hora: las siete y veintiséis. La mujer del abrigo escocés, con el pelo perfectamente sujeto con horquillas y gorra gris, entró por la puerta giratoria a la densa luz verde de la Terminal Central por la mañana.

Sacudió el paraguas y levantó la mirada a la bóveda como si fuera un cielo que amenazase más lluvia; estornudó dos veces en la mano, enguantada, y Unwin advirtió esa variación en su llegada con el fervor de un archivista cuando le presentan documentos recién descubiertos. La mujer cruzó la terminal inexorablemente. Treinta y nueve pasos (nunca menos de treinta y ocho ni más de cuarenta) la llevaron al lugar de siempre, a poca distancia de la puerta. Se le había subido el color de las mejillas, apretaba el paraguas con fuerza. Unwin sacó un arrugado horario de trenes del bolsillo del abrigo. Fingió consultarlo con interés mientras esperaban juntos (solos).

¿Cuántas mañanas había estado ella allí, antes de la primera vez que la vio? ¿Y qué cara esperaba encontrar entre las huestes que desembarcaban? Era preciosa, discretamente, como lo son, para quienes se fijan en ellas, las personas solitarias que pasan desapercibidas. ¿Le habrían faltado a una promesa? ¿Por capricho o por una desgracia inesperada? Como oficinista de la Agencia, no era cosa suya inquirir a fondo o emprender acciones parecidas a una investigación. Ocho días antes, había ido a la terminal e incluso había comprado un billete, porque creía que podía apeteecerle pasar una temporadita fuera de la ciudad, pero, cuando vio a la mujer del abrigo escocés, prefirió quedarse. Lo había maravillado desde el primer momento y ya no podía dejar de maravillarse. En eso consistían sus visitas extraoficiales; el motivo extraoficial era ella, simplemente.

Una brisa subterránea sopló desde las vías y le movió el bajo del abrigo. Con un minuto de retraso, como de costumbre, llegaba a la terminal el tren de las siete y veinte. Pausa, siseo: se abrieron las relucientes puertas. Más de un centenar de gabardinas negras se precipitaron del tren a un tiempo y se desbordaron por la puerta. El torrente se dividió al encontrarse con ella. Ella se puso de puntillas, mirando a derecha e izquierda.

Terminó de pasar la última gabardina. Nadie se detuvo al verla.

Unwin se guardó el horario en el bolsillo, se puso el paraguas bajo el brazo, recogió el maletín y el café. Nada había perturbado la soledad de la mujer: ¿debía él sentir remordimientos por alegrarse? Ella seguiría acudiendo a la terminal hasta que alguien se detuviese por ella... y él también. La mujer emprendió el regreso hacia las puertas giratorias y Unwin la siguió acomodándose a su ritmo, de forma que, al ir hacia la bicicleta, pasaría por su lado.

Vio los mechones de pelo castaño que se le habían salido de la gorra. Podía contar los lunares que tenía en el cuello, pero el número no significaba nada; todo era misterioso. Igual que la mañana anterior y las siete precedentes, Unwin deseó con todas las

fuerzas de su desgarrada alma que el tiempo se detuviese, como el tren en sus raíles.

Y su deseo se cumplió. A la mujer del abrigo escocés se le cayó el paraguas al suelo. Se volvió y lo miró a él. Tenía los ojos (nunca se los había visto tan de cerca) de color plata empañada, como los espejos viejos. Se congelaron los números de los carteles de salidas y llegadas. Cesaron los anuncios de la estación. Los cuatro segunderos de las cuatro esferas del reloj se quedaron temblando entre dos números. Al suyo de muñeca, que nunca se paraba y al que no había que darle cuerda, se le encogieron las tripas.

Unwin miró el paraguas. Había caído entre ellos dos, pero él tenía las manos ocupadas y el suelo quedaba muy lejos.

Una voz a su espalda dijo:

—¿Mr. Charles Unwin?

Los carteles de los horarios volvieron a la vida, los relojes se acordaron de sí mismos, la estación reanudó su murmullo. Un hombre gordezuelo con un traje de espiguilla lo miraba fijamente con ojos amarillo verdoso. Los dedos de su mano derecha bailoteaban sobre el ala del sombrero que sujetaba con la izquierda.

—Mr. Charles Unwin —repitió, ahora sin interrogación.

La mujer del abrigo escocés cogió rápidamente su paraguas y se marchó. El hombre del traje de espiguilla seguía esperando.

—El café —empezó a explicarse Unwin.

El hombre hizo caso omiso.

—Por aquí, Mr. Unwin —dijo, señalando con el sombrero hacia el lado norte de la terminal. Unwin echó una mirada atrás, pero las puertas giratorias ya se habían tragado a la mujer.

¿Qué podía hacer, sino seguirlo? Ese hombre sabía cómo se llamaba..., tal vez conociera también sus secretos, lo de sus visitas extraoficiales por motivos extraoficiales. Escoltó a Unwin por un largo pasillo salpicado de hombres que leían el periódico en sillones de hierro, mientras unos niños delgados les lustraban los zapatos.

—¿Adónde vamos?

–A algún sitio en el que podamos hablar en privado.

–Llegaré tarde al trabajo.

El hombre del traje de espiguilla abrió su billetera y le enseñó una tarjeta de identificación de la Agencia, a nombre de Samuel Pith, detective.

–Ya está en el trabajo –dijo Pith–, a partir de este momento. Eso significa que lleva media hora de adelanto, Mr. Unwin.

Llegaron a otro pasillo más oscuro que el anterior, cerrado por una barrera de avisos de suelo recién fregado. Al otro lado, un hombre con mono de trabajo gris pasaba por el mármol, en parsimoniosos y descuidados arcos, una fregona mugrienta. En el suelo había muchas hojas de roble rojas y anaranjadas, el rastro, probablemente, de un pasajero que habría llegado del campo en uno de los trenes anteriores.

El detective Pith carraspeó y el celador se acercó cansinamente, apartó uno de los carteles y los dejó pasar.

El suelo estaba perfectamente seco. Unwin miró lo que había en el cubo del empleado. Estaba vacío.

–Bien, présteme atención –dijo el detective Pith. Subrayó las palabras dando golpecitos a Unwin en el pecho con el ala del sombrero–. Es usted un hombrecillo curioso, de costumbres peculiares. Todas las mañanas de esta semana, a la misma hora, ahí estaba Charles Unwin, de nuevo en la terminal. Sin embargo, no iba a coger el tren. Su apartamento queda a tan sólo siete manzanas de su trabajo.

–Vengo por el...

–¡Maldita sea, Unwin, no me lo diga! Nos agrada que nuestros agentes se reserven algunos misterios para sí. Página noventa y seis del *Manual*.

–No soy agente, señor. Soy oficinista. Lamento haberle hecho perder el tiempo. Ahora llevamos retraso los dos.

–Se lo he dicho –gruñó Pith–, ya está usted en el trabajo. Olvídese de la decimocuarta planta. Preséntese en el despacho 2919. Lo han ascendido.

Pith sacó del bolsillo del abrigo un libro delgado de cubiertas duras, verdes, con letras doradas: *Manual de detección*.

–Ejemplar reglamentario –dijo–. Me ha salvado la vida en más de una ocasión.

Como Unwin seguía con las manos ocupadas, Pith le metió el libro en el maletín.

–Aquí hay un error –dijo Unwin.

–Para bien o para mal, alguien se ha fijado en usted. Ahora ya no hay forma de que pase usted inadvertido.

Se quedó un largo rato mirando a Unwin. Frunció el ceño, negro y poblado, y frunció los labios. Sin embargo, cuando volvió a hablar, lo hizo con más tranquilidad, con delicadeza incluso.

–En realidad, tendría que ser todo sencillo, pero escuche: su primer caso debería ser fácil. ¡Dios, el mío lo fue! Pero usted está un poco más metido en esto, Unwin, tal vez porque lleva mucho tiempo en la casa, o quizá tenga amigos... o puede que enemigos. En realidad, eso no me concierne. El caso es...

–Por favor –dijo Unwin comprobando la hora. Eran las siete y treinta y cuatro.

El detective Pith movió una mano como si apartase humo del aire.

–Ya he hablado más de lo que debía. El caso es que va a necesitar un sombrero nuevo, Unwin.

El único sombrero que tenía Unwin era el tirolés verde. No se hacía a la idea de llevar otra cosa en la cabeza.

Pith se puso su *Fedora* y se lo inclinó hacia delante.

–Si volvemos a vernos alguna vez, usted no me conoce de nada, ¿entendido? –Chasqueó el dedo en dirección al celador y dijo–: Hasta luego, Artie. –Y el traje de espiguilla desapareció al doblar una esquina.

El celador reanudó su tarea; siguió limpiando el suelo seco con su fregona seca, arrastrando montones de hojas de roble de un extremo a otro del pasillo. En los informes del detective Sivart que recibía Unwin todas las semanas, había visto que a menudo interve-

nían en la acción algunas personas que, aun sin ser hombres de la Agencia, conocían determinados aspectos de un caso: que estaban «en el ajo», como diría el detective. ¿Sería el celador uno de éstos?

Su tarjeta de identificación estaba bordada en curvilíneas letras rojas.

—¿Mr. Arthur, señor?

Arthur siguió trabajando y Unwin tuvo que dar un salto atrás para librarse del amplio arco de la fregona. El celador tenía los ojos cerrados y la boca levemente abierta. Emitía un sonido peculiar, grave y susurrante. Unwin se acercó un poco, a ver si entendía lo que decía.

Sin embargo, no decía nada, no había nada que entender. El celador estaba roncando.

En la calle, Unwin tiró el café a una papelera y echó una mirada hacia el centro de la ciudad, en dirección a la monolítica sede gris de la Agencia, cuyos pisos más altos oscurecía la lluvia. Hacía muchos años que había reconocido íntimamente que el edificio no le gustaba: proyectaba una sombra demasiado larga, la piedra de los muros era demasiado fría y semejante a la de las tumbas. Pensó que era preferible trabajar allí dentro que tener que verlo todo el día.

Para recuperar el tiempo perdido, se arriesgó a atajar por una bocacalle, aunque sabía que apenas podría pasar con el paraguas abierto. Las puntas metálicas rascaban ambas paredes y la bicicleta botaba y chirriaba en los viejos adoquines.

Ya había empezado a redactar mentalmente el borrador del más distinguido informe de su ascenso, en el que siempre pondría la palabra «ascenso» entre comillas, porque dejarla escrita sin reserva sería investirla de excesiva validez. En la Agencia, los errores eran cosa rara. No obstante, se trataba de una organización grande, compuesta por una gran variedad de despachos y negociados, que quedaban en su mayoría fuera de la competen-

cia de Unwin. Estaba claro que en uno de esos despachos o negociados se había cometido un error, se había pasado por alto y, para colmo, se había propagado.

Aminoró el pedaleo para sortear unos cascotes rotos que había en la calleja; las varillas del paraguas se combaban contra las paredes a cada movimiento del manillar. En cualquier momento oiría el fatídico siseo de una rueda pinchada, pero tanto él como su bicicleta salieron indemnes del apuro.

Ahora era él quien cargaba con el error que había llevado a Pith a la terminal. Lo aceptó, si no con alegría, animado al menos por la idea de que él, uno de los oficinistas más veteranos de la decimocuarta planta, estaba mejor preparado para afrontar semejante calamidad. Eso lo daría a entender en cada una de las páginas del informe. Una vez que hubiese supervisado la versión definitiva, el superior correspondiente se reclinaría en el asiento y se diría: «Gracias a la providencia que esta tarea ha recaído en Mr. Unwin, en vez de en otro más débil».

Aceleró para contrarrestar el cimbreo y salió disparado por la otra boca de la calleja al tiempo que una bandada de palomas levantaba el vuelo en plena lluvia.

Nunca en su vida laboral en la Agencia había encontrado un problema que no tuviera solución. El episodio de esa mañana, aunque insólito, no sería la excepción. Tenía la certeza de que el asunto estaría zanjado antes de la hora de comer.

A pesar de las responsabilidades que le esperaban, Unwin se dio cuenta de que estaba pensando otra vez en el sueño de antes de despertarse, el que lo había desconcertado y distraído; por su culpa se le habían quemado las gachas y había estado en un tris de no llegar a tiempo de ver a la mujer del abrigo escocés.

Era un soñador meticuloso por naturaleza, capaz de elegir sus ensoñaciones nocturnas con una lucidez fuera de lo común, lo sabía. No estaba acostumbrado a que lo invadiesen visiones tan impactantes, tan completamente ajenas a él que parecían más bien comunicados oficiales.

En el sueño, se había levantado de la cama y había ido a darse un baño, pero se había encontrado la bañera ocupada por un desconocido, desnudo, salvo por el sombrero, reclinado entre una gruesa capa de espuma jabonosa. Las burbujas de alrededor del pecho estaban grises, de la ceniza de su puro. Era gris todo él, también, como un periódico con la tinta corrida, y, colgado en la barra de la cortina de la ducha, había un grueso abrigo gris. El único punto de color era la brasa del puro del desconocido; brillaba tanto que teñía de rojo el vaho que desprendía la bañera.

Unwin se quedó plantado en el umbral con una toalla limpia colgada del brazo y la bata bien ceñida a la cintura. Se preguntaba por qué se tomaría nadie la molestia de allanar su morada, sólo para dejarse pillar en la bañera.

El desconocido no decía nada. Sacó un pie del agua y se lo restregó con un cepillo de mango largo. Cuando hubo terminado, enjabonó las cerdas lentamente hasta sacar espuma. A continuación se restregó el otro pie.

Unwin se agachó para poder ver mejor la cara que ocultaba el ala del sombrero y vio la gran barbilla sin afeitarse que sólo conocía por las fotografías de la prensa. Era el agente de la Agencia de cuyos expedientes se encargaba él concretamente.

—Detective Sivart —dijo Unwin—, ¿qué hace usted en mi bañera?

Sivart dejó caer el cepillo al agua y se sacó el puro de entre los dientes.

—Nada de nombres —replicó—, al menos, el mío no lo pronuncies. No se sabe quién puede estar escuchando. —Se relajó y se hundió más en la espuma—. No sabes lo difícil que ha sido arreglar este encuentro, Unwin. ¿Sabías que a los detectives no nos dicen quién es nuestro oficinista? He estado todos estos años mandando mis informes a la decimocuarta planta. A ti, por lo visto. Se te olvidan cosas.

Unwin levantó una mano en señal de protesta, pero Sivart le hizo un gesto con el puro y dijo:

–Cuando Enoch Hoffmann robó el doce de noviembre y, a la mañana siguiente, viste en el periódico que el lunes pasaba directamente al miércoles, se te olvidó el martes como a todos los demás.

–Hasta los restaurantes se saltaron el plato especial de los martes –dijo Unwin.

La brasa de Sivart se puso más roja y la bañera soltó más vapor.

–También se te olvidó mi cumpleaños –añadió–. Ni una postal, siquiera.

–Nadie sabe cuándo es su cumpleaños.

–Podías habértelo figurado. Sea como fuere, conoces mis casos mejor que nadie. Sabes que con ella me equivoqué totalmente. Por eso eres la mejor posibilidad que tengo. Inténtalo una vez, anda. Intenta recordar algo. Recuerda esto: capítulo dieciocho. ¿Lo tienes?

–Sí.

–Dímelo otra vez: capítulo dieciocho.

–Capítulo elefante –dijo Unwin sin querer.

–Inútil –musitó Sivart.

Normalmente, Unwin jamás habría dicho «elefante» en vez de «dieciocho», ni siquiera dormido. El reproche de Sivart le había dolido y se le había escapado esa otra palabra porque, en algún cajón polvoriento del archivador de su memoria, había depositado hacía mucho tiempo la constatación de que los elefantes no olvidan.

–La chica –dijo Sivart, y a Unwin le dio la impresión de que el detective se disponía a explicar algo importante–. Me equivoqué con ella.

Entonces, como invocado por el propio error de Unwin, se oyó un barrido alto y claro: el anuncio inconfundible de un elefante.

–¡No hay tiempo! –dijo Sivart.

Descorrió la cortina de la ducha de la parte de atrás de la bañera. En vez de los baldosines de la pared, Unwin vio luces cam-

biantes de atracción de feria y carpas de lona de rayas en cuyo interior se agazapaban y saltaban grandes bultos. Allí fuera había casetas de tiro al blanco, una rueda de la fortuna, jaulas de animales, un tiovivo..., todo en movimiento, todo girando bajo estrellas que giraban. El elefante volvió a barritar, pero ahora con un sonido estridente y seco, y Unwin tuvo que apagar la alarma del despertador para hacerlo callar.